

ALMERÍA



Como en todas las demás provincias españolas, la vida en Almería hacía tiempo que estaba profundamente alterada. La República no supo o no pudo resolver los problemas económicos y sociales que tenía planteados la provincia; algunos se agravaron y se originaron otros, todos ellos estimulados por una atmósfera de malestar en la que interferían sistemáticamente la violencia pa-

sional y las congojas del espíritu. Bajo el sol andaluz arden pronto los cerebros, y más cuando éstos se hallan resecos por la ignorancia y el fanatismo.

El triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936 exacerbó los ánimos hasta un grado difícil de soportar. En las derechas almerienses se produjo en los primeros momentos una depresión profunda, que no tardó en dejar paso a un anhelo ferviente y a una firme voluntad de actuar como fuese preciso para oponerse a las fuerzas desencadenadas de la revolución roja. En los sectores de izquierda, controlados en absoluto por las organizaciones obreras de los partidos Socialista, Comunista y de la C. N. T., el júbilo por el triunfo obtenido fué inmenso. A las arengas, a los gritos y algarabía, a las manifestaciones callejeras con el puño en alto y las banderas rojas luciendo el emblema soviético de la hoz y el martillo, a las amenazas y los pasquines insultantes pegados en las paredes, siguieron bien pronto los actos auténticos de la agresión y el atropello. Las turbas no encontraban el freno de la autoridad, porque ésta había desaparecido, ya que el nuevo gobernador civil nombrado por el Gobierno de la República, aunque de procedencia exclusivamente republicana, se convirtió desde los primeros días de su actuación en dócil instrumento de los caciques marxistas.

Comenzaron las huelgas parciales o totales. Comenzaron los atentados por medio de explosivos contra los templos y las fincas de personas de significación derechista. Con el pretexto de una absurda implantación de reforma agraria, grupos de campesinos armados asaltaban las propiedades rústicas. Todos los días surgían nuevos «paros», cuyo mecanismo y propulsores se emboscaban en la sombra. El Gobernador, rodeado siempre de los individuos del Comité directivo de los partidos del Frente Popular, no tomaba medida ninguna para impedir o castigar tanto desafuero. El partido Comunista tenía su sede en la Casa del Pueblo y vivía entonces en estrecha convivencia con el partido Socialista. Los directivos de la C. N. T. dominaban principalmente en el sector obrero de los trabajadores del puerto y se disputaban la influencia con los adalides del comunismo en las zonas mineras de la Sierra.

Entre los dirigentes más activos hay que hacer mención del diputado socialista Gabriel Pradal, que ejercía gran influencia en las masas. Otra figura de gran predicamento por su estrepitoso comunismo era la joven agitadora Lina Odena, que recorría a la sazón las provincias de Granada y Almería, contribuyendo a hostigar a las masas levantiscas. Otro diri-

gente rojo era el diputado comunista Pretel, cuya influencia sobre el Gobernador fué constante. Aparte de éstos, destacaban como figuras secundarias, pero activas y de gran predicamento entre los obreros, un funcionario del Banco de Bilbao, llamado Rocillo; otro del Banco Hispano Americano, Benito Vizcaino Vitta; José Pérez Borgos, Juan Garrido, el oficial de Correos Cayetano Martínez, el funcionario del Juzgado Domingo Segura y el oficial de Prisiones Luis Fernández Espinar.

Es indudable que en Almería predominaba el elemento rojo. Entre el proletariado había pocos indiferentes en materia política; los más de los obreros, campesinos, mineros, marineros y pescadores del puerto, eran sindicalistas o comunistas, afiliados o no; no abundaban los socialistas y no existían los republicanos. Los obreros católicos encuadrados en cofradías y centros de enseñanza no formaban partidos políticos, propiamente dichos, aunque casi todos acabaron adhiriéndose a Falange o a la Comunión Tradicionalista. La clase media estaba dividida. Sus reacciones espirituales inclinaban a la mayor parte, según los acontecimientos, a la derecha o a la izquierda, con una tendencia marcadamente egoísta que impidió siempre su incorporación plena, coherente y disciplinada a los partidos de orden. Las derechas de Almería en la capital y en la provincia eran notoriamente insuficientes para la acción y se hallaban desarticuladas; como fuerzas organizadas y actuantes, representaban poco.

El día 29 de junio se recibió en Falange una circular de su Jefatura Nacional. Entre otras instrucciones, se ordenaba al jefe local de Almería que se entrevistase con el Comandante militar de la plaza, poniéndose de acuerdo con él acerca de las condiciones en que había de verificarse la colaboración para el Alzamiento. El señor Sáez Miró y el secretario provincial, señor Fernández Bueso, se trasladaron inmediatamente al domicilio del teniente coronel don Juan Huertas Topete, que mandaba el Batallón de Ametralladoras número 2, y que asumía también el cargo de Comandante militar de la plaza. Este recibió cortésmente a los dos comisionados, pero desconfiado y receloso desde las primeras palabras, manifestó su absoluta ignorancia de la conspiración militar de que le hablaba Sáez Miró. Insistió éste, proporcionando al jefe militar datos y referencias que le garantizasen de la realidad del proyecto de alzamiento y le asegurasen de la representación auténtica y autorizada que ostentaban para realizar aquella gestión. Ante estas seguridades, pareció vacilar el señor Huertas Topete. Pero pronto, volviendo a su actitud de reserva y desconfianza, contestó evasivo, y en definitiva que «en aquella Comandancia no se sabía nada del presunto levantamiento y que, en caso de que ocurriera, sería asunto exclusivamente de los militares».

No obstante, dedicáronse intensamente a organizar los medios y manera de actuar cuando llegase el momento. Corrían ya los últimos días de la primera decena del mes de julio. El gobernador, señor Peinado Vallejo, perseguía inexorablemente a las derechas, clausurando centros y entidades de esta significación, recogiendo armas y documentos y encarcelando falangistas. El jefe local de Falange, advertido a tiempo, logró escapar a la «cacería» organizada por las autoridades frente-populistas. No así el secretario provincial, señor Fernández Bueso, y el jefe comarcal, señor Fábregas, que fueron maltratados y reducidos a prisión. Y la acción rápida y conjunta que se tenía en proyecto para cuando llegase el momento quedó abortada.

Todo este mar de fondo que se agitaba en la capital de la provincia bullía también, en mayor o menor grado, en los pueblos y en los caseríos y cortijos. Las personas más

INSTRUCCIONES
A LA
FALANGE
ALMERIENSE

PERSECUCIÓN
INEXORABLE
CONTRA
LAS
DERECHAS

alejadas de la vida política—si es que esta actitud de inhibición era ya posible en aquellas circunstancias—presentan que algo catastrófico iba a acontecer de un momento a otro. La tranquilidad había desaparecido de todos los pueblos, de todas las familias... Por la noche, los cafés de las calles del ensanche se llenan de un público que comenta en voz baja los acontecimientos de tal o cual pueblo, los atracos de las carreteras, el asalto a una finca, las nuevas amenazas de los mineros.

No faltan, sin embargo, en la ciudad parajes apacibles. Hay claras plazoletas iluminadas por la luna, en las que pasean, entre risas y amoríos, muchachos y muchachas. Suena alguna radio, cuya música aprovechan las parejas para bailar, y en algunos bares o alrededor de veladores colocados al aire libre se forman tertulias de hombres que charlan, fuman y beben la espumosa cerveza o los clásicos «chatos». Vibra la noche del cálido estío andaluz con toda su fuerza y toda su fragancia. Allí, en el puerto, brillan las lucecillas de los barcos, reflejándose en el agua.

En la taberna de una de las calles que bajan al muelle, un grupo de hombres, entre los que destaca algún uniforme de carabiniero o el atuendo naval de algún fornido mocetón, juegan el «fandanguillo» que la voz fresca de una mujer entona. La acompaña, con la guitarra, Martín, el «Niño de las Pupas», un sujeto moreno, desgreñado, en mangas de canisa, que ayer bajó de la mina y esta noche se está gastando los duros en una cuchipanda con mujeres y amigos. Las rondas de «chatos» se prodigan. El calor y el vino excitan crecientemente a los juerguistas.

De súbito, todos callan. Enmudece la «cantaora» y la guitarra suspende sus acordes. En la calle han sonado dos disparos. Allí cerca, seguramente a pocos pasos de la taberna, han roto la calma de la noche y el rumoroso sosiego del puerto siete disparos, secos, metálicos, en racha, del cargador de una pistola. Un silencio profundo sigue al galope trágico de las detonaciones. ¿Qué ha ocurrido?

Pronto se sabe. Llegan a la taberna dos hombres mal encarados, sudorosos, jaques, provocativos, con aire agresivo y altanero.

—Salud, camaradas—dicen.

Entre el corro de bebedores se ha producido una expectación embarazosa. Las mujeres están asustadas. Pero las actitudes de sorpresa y ansiedad duran poco, porque el minero guitarrista ha reconocido de pronto al individuo del mono azul.

—Salud—contestan casi todos los presentes.

El que tocaba la guitarra añade, levantándose para ir a dar la mano a uno de los que acababan de llegar:

—Pero, ¿eres tú, «Mieleros»?

—Ya lo ves, camarada. Yo, y aquí—dice, señalando a su compañero—, uno de los buenos, «Polillejo», el de Serón. ¿No le conoces?

—¿El de las Juventudes libertarias?

—El mismo. Un elemento de confianza. El sólo ha levantado a los peones de cinco pueblos. Esta vez no nos cogerán los «pipis» como el año 34. Ahora tenemos armas y «organización».

—Y dinamita—agrega con voz atiplada y mirando a un lado y a otro «Polillejo», el de Serón.

—Ahora hay que tirar apuntando bien.

—A los de las estrellas y a las camisas azules. Y a las sotanas.

Entre los individuos que rodean a los dos forajidos no todos simpatizan con ellos. El propio tabernero, que es de los que nunca se han metido en nada, encuentra muy des-

agradable y hasta peligroso para sus intereses recibir a aquellas gentes. Pero desde hace tiempo, su taberna, lo mismo que otros bares y colmados del puerto, son lugares de reunión de toda clase de energúmenos. Entre los carabineros hay bastantes rojos. La marinería es francamente revolucionaria. En los barcos de guerra hay células comunistas. En estos bares del puerto se ha visto muchas veces al diputado Pretel en conciliábulos reservados con condestables de la Armada y maquinistas. La Guardia civil se mantiene siempre aparte y pega fuerte cuando llega el caso, pero desde que tomó el mando el nuevo Gobernador se abstiene de intervenir en motines y algaradas.

«El Mieleros» y «Polillejo» siguen bebiendo ya en franca camaradería con los circunstantes. No tienen prisa por marcharse ni piensan siquiera que pueda presentarse la Guardia civil para detenerlos. Están acostumbrados a contar con la impunidad y no ignoran que si alguna de aquellas autoridades que suponen se hallan al servicio de los fascistas se atreviese a tocarles al pelo de la ropa, el propio Gobernador la aplastaría como se aplasta a un gusano.

El «Niño de las Pupas» se acerca discretamente confidencial a su amigo y compinche el del mono azul:

—Oye, ¿y qué ha sido lo de esta noche?

El interrogado, después de vaciar de un trago una copa de coñac, contesta sin preocuparse mucho de ser oído por los demás:

—Nada. Un «chivato» de la Patronal. Aquel que llevó a los cuarenta «amarillos» a La Almagresa cuando lo de octubre. Mañana se iba a marchar a Cartagena. Tenía miedo.

—Como ése hay muchos que cuando la ven venir huyen.

—Ahora no les valdrá. Hay que liquidar a todos. En cuanto los fascistas y los militares se echen a la calle, cae toda la lista. De eso, ni hablar.

—¿Y si no se echan?—arguye el «Niño de las Pupas».

—Pues si no se echan nos echamos nosotros.

Los dos pistoleros, típicos ejemplares de bravuconería, flor y nata del terrorismo marxista, salen de la taberna despidiéndose con un «salud, camaradas» y el puño en alto. Y unos minutos después se reanuda el jolgorio en la taberna del puerto. Martín, el «Niño de las Pupas», vuelve a rasguear, despaciosamente, en la guitarra, y una «siguiriya» gitana brota de labios de una de las que forman en el ilustre concurso.

A SUMÍA el mando militar de la plaza el teniente coronel del Batallón de Ametralladoras don Juan Huertas Topete, militar valeroso, inteligente y culto. Su hoja de servicios acredita una historia profesional brillante, y sus ideas políticas, sin haberse definido nunca dentro de ninguna doctrina o partido determinado, eran las de un hombre de orden, honorable y amante de su Patria.

Respecto a la actitud de los jefes y oficiales de la guarnición de Almería, salvo cuatro o cinco excepciones, fué de absoluta adhesión al Movimiento y de febril impaciencia por iniciarlo. Pero entre aquellas excepciones contaban dos de extraordinaria importancia: el teniente coronel de Carabineros, don Isaac Llopis Muñoz, y el capitán de la compañía de guardias de Asalto, don Manuel Peñafiel y Martínez.

El primero pasaba, con razón, por izquierdista furibundo. Tuvo el mérito indiscutible de no ocultarlo nunca, por lo que ya desde el principio de la conspiración se le descartó como adicto, colocándosele por derecho propio entre los enemigos acérrimos. Llopis, hombre de condición dura y carácter levantisco, ejercía, al propio tiempo que las funciones de su cargo militar, las de un verdadero proselitista y agitador

EL
COMANDANTE
MILITAR
DE LA
PLAZA
TENIENTE
CORONEL
HUERTAS
TOPETE

DOS JEFES
TRAIDORES



En la taba
unos homb
jalean el
"fandang
que
la voz
fresca
de una
mujer
entona...

(Ilustraci
de
J. Valver

político. Era amigo y confidente de Gabriel Pradal, y cuando llegó a Almería el diputado comunista Romero, el teniente coronel Llopis se constituyó en consejero privado de los dirigentes de dicho partido.

Peñafiel no era hombre de ideas arraigadas como Llopis. Antes del Alzamiento no se había «definido» nunca. Lo más probable es que su conducta durante los sucesos naciese del cálculo que hizo respecto a las probabilidades de triunfo del Movimiento. Era hombre que siempre supo conducirse de una manera astuta, hasta el punto de que los demás oficiales de la guarnición pudieron creer durante mucho tiempo que le tenían de su parte, en tanto que los cabecillas del campo rojo confiaban también en su adhesión y su ayuda. El cálculo de Peñafiel resultó, a la postre, exacto, y el peso que en la hora decisiva hubo de colocar en uno de los platillos de la balanza decidió el éxito.

Las fuerzas militares de Almería eran escasas. Se reducían al Batallón de Ametralladoras número 2, que no contaba más que con ciento veinticinco soldados; el exiguo cuadro de la Caja de Recluta, que no disponía más que de una veintena de hombres, incluidos los jefes y oficiales; algunos pequeños grupos dispersos, como el de la Estación de Radio militar, y hasta una docena de militares retirados por la ley Azaña que se sumaron al levantamiento. Las otras fuerzas castrenses más importantes en número, Guardia civil, Carabineros y Asalto, se hallaban bajo el mando de la autoridad gubernativa, y por ello sólo en parte pudieron articularse desde el primer momento con las demás fuerzas de la provincia. En Carabineros se manifestaba una tendencia roja importante, lo mismo que en Asalto. La Guardia civil, perpleja al principio, no tardó en darse cuenta de cuál era el papel que debía desempeñar en la dramática contienda, y respecto al Batallón de Ametralladoras, la opinión favorable al Movimiento fué unánime y entusiasta desde sus inicios.

Los días que siguieron al del asesinato de Calvo Sotelo fueron en Almería de oscuros preparativos para la lucha que se preveía había de entablarse en la calle, sangrienta, implacable e inevitablemente. La acción gubernativa se intensificó en todos sentidos. Menudearon las entrevistas y los planes entre el Gobernador y el Comité de enlace del Frente Popular y entre el primero y el Teniente coronel de Carabineros. Los cabecillas rojos, comunistas y sindicalistas principalmente, salieron hacia diversos puntos de la provincia con objeto de advertir a las organizaciones locales para que estuvieran bien armadas y dispuestas a echarse a la calle al primer aviso.

Así se arribó al día 17 de julio. En la noche de esta fecha, una nueva y tremenda conmoción aguardaba a todos los espíritus. A las redacciones de los periódicos llegaron los primeros informes del Alzamiento nacional iniciado en las plazas del Protectorado de Marruecos. Las noticias que se recibían eran breves e incompletas. El primer telegrama publicado por la prensa local decía así:

«Algunas guarniciones del Ejército de Africa se han sublevado, pero el Gobierno de la República es dueño de la situación. De la Península han salido tropas suficientes para reducir a los rebeldes.»

Aunque esperado por muchos, el suceso causó profundo estupor. Inmediatamente empezaron a funcionar en todas partes, movidos por dedos nerviosos, todos los resortes oficiales. Por los hilos telegráficos y telefónicos se cruzaban las voces de los bandos contrarios, veloces y contundentes, como un anticipo de las balas que se cruzarían después.

El Comandante militar fué requerido desde Madrid varias veces. Una de ellas comunicaba el Ministro de la Guerra:

—¿Qué novedades hay en Almería?

—Aquí ninguna, señor Ministro—contesta Huertas Topete con no muy seguro acento.

—Pues tengo noticias de que hay agitación en los cuarteles y en la calle.

—En la calle, la natural, después de saberse lo de Africa. En los cuarteles se mantiene la disciplina.

—¿Me responde usted de esa guarnición?

—Sí, señor Ministro—balbucea, más que responde, el atribulado comandante militar. En cambio, al otro extremo del hilo telefónico, la voz del hombre que creía dirigir todavía los destinos del Ejército, se infla, embravecida, y abueca con imperioso tono de mando:

—Advierta, Teniente coronel, que le hago responsable de cuanto ocurra en esa guarnición. ¡Proceda sin contemplaciones! El movimiento está ya dominado en Africa. Ha sido una locura que nos deshonra a todos. Póngase de acuerdo con el Gobernador civil. ¿Me oye?

—Sí, señor Ministro.

—Y ya lo sabe: comuníqueme lo que haya a la menor novedad. El Gobernador civil tiene orden de armar al pueblo. En fin, ya le digo: proceda sin contemplaciones.

Apenas ha terminado el diálogo telefónico, irrumpe como una tromba en el despacho de la Comandancia militar el teniente coronel de la Caja de Recluta, don Eustaquio Velasco, el comandante don Julio Escuin Lois y el capitán don José Fuster Rossiñol. A ninguno de ellos se les ha escapado el gesto de desaliento y el ademán nervioso con que Huertas ha colgado el auricular. Las palabras que acogen a los oficiales corroboran lúgubrementemente su mirada y su actitud:

—Lo de Africa está concluido. ¡Otro 10 de agosto!...—murmura con desmayo.

—¿Quién dice eso?—pregunta el comandante Escuin, sonriendo incrédulo.

—El Ministro de la Guerra.

—Pues puede que se equivoque el Ministro, mi Teniente coronel—replica Escuin, enigmático.

—No negará usted que tiene más motivos que nosotros para saberlo—exclama, desabrido, Huertas Topete.

Ahora al que le toca el turno de sonreír y lo hace con gusto es el teniente coronel Velasco. Su antigua amistad con Huertas y la igualdad de graduación entre ambos le permiten hablar a su compañero con una franqueza que les está vedada a los otros dos militares.

—¿Qué quieres que diga el Ministro de la Guerra? Nosotros sabemos que el Movimiento ha triunfado ya en Africa y que Franco se dispone a cruzar el Estrecho. Sevilla saltará de un momento a otro, y después, Madrid y Barcelona y Valencia. Nosotros debemos estar preparados, y en cuanto avise Sevilla declarar el estado de guerra.

El comandante Escuin añade vivamente:

—Por lo pronto, yo creo que convendría acuartelar.

El Comandante militar, silencioso, taciturno, se ha levantado del sillón y se pone a pasear arriba y abajo, con honda preocupación.

—Aquí—prosigue con voz firme el teniente coronel Velasco—la voluntad de la guarnición ya sabes cuál es. Todos los jefes y oficiales estamos conformes con nuestros compañeros de Africa y dispuestos a secundarlos.

—Con unanimidad absoluta, mi Teniente coronel—confirma, rápido y sin poderse contener, el capitán Fuster.

Huertas se para en seco, erguido y sereno, delante del Capitán.

—Absoluta, no, señor Capitán.

—¡Todos menos los traidores—responde éste en un arranque de juvenil vehemencia.

EL
COMANDE
MILITAR
REQUERID
TELEFÓN
MENTE
POR EL
MINISTRO

JEFES
Y OFICIA
DISPUEST
A SECUN
EL
MOVIMIE

Un parte que trae un ordenanza corta la conversación. Luego una llamada telefónica a la que tiene que atender el señor Huertas da lugar a que sus visitantes cambien impresiones en voz baja. Al abandonar el teléfono, el jefe de la plaza dirige su mirada al grupo que, junto a su balcón, forman apiñado los tres hombres.

Sagazmente, parece adivinar sus pensamientos. Su fisonomía entonces cambia de expresión. Con un gesto que revela que más que el jefe es el camarada y el amigo el que está presente, marcha hacia ellos y después de un pequeño silencio, dice:

—Señores, yo no puedo ser sospechoso de falta de compañerismo, ni de desamor al Ejército. Mi adhesión al Movimiento es leal y sincera. Pero yo no puedo proceder ligeramente. Compréndanlo. Pesa sobre mí una gran responsabilidad que no debo olvidar. Esto nos conduciría al fracaso. Yo les aseguro nuevamente, como ya dije en otra ocasión al amigo Fuster, que en el momento oportuno no vacilaré en declarar el estado de guerra. Este momento soy yo quien debe fijarlo. Me mantengo en contacto con Sevilla y Granada, y, por otra parte, estoy seguro de dominar Almería, lo mismo hoy que mañana que cuando sea preciso.

Las palabras sobrias y veraces del teniente coronel Huertas Topete surten el efecto de iluminar todos los rostros. El recelo que hasta entonces había existido entre el jefe y los subordinados desaparece como por ensalmo, y una repentina atmósfera de confianza llena el espíritu y el corazón de los cuatro hombres. Y allí quedan cambiando impresiones sobre la situación y su fatal desenlace.

Avanza la noche. A lo lejos suenan lentamente los bronces cristianos y eternos: campanas suaves del convento de las Claras; recias, de la parroquia de San Pedro; graves y profundas, de la Catedral... Todo parece en calma en la ciudad. No se oyen tumultos, ni gritos, ni tiros. El calor continúa siendo aplastante. El despacho del Comandante militar, con los balcones abiertos y las persianas entornadas, lanza su geométrica iluminación sobre la oscuridad de la noche.

EL día 18 transcurrió en la misma incertidumbre. Desde primeras horas de la tarde comenzaron a llegar a la capital elementos marxistas de los pueblos. Llegaban en camionetas, en autos, en tartanas, a pie. Iban provistos de pistolas, escopetas y fusiles. Algunos portaban al hombro un palo, a cuyo extremo habían atado fuertemente una hoz. Otros exhibían la hoja, desnuda y brillante, de un cuchillo atravesado en el cinturón. Todos entraban en la ciudad vociferando, torvos y amenazadores, pañuelo rojo al cuello, el puño en alto, la mirada encendida en un furor recóndito y un poco teatral. La orden de concentración dada por el Gobernador civil se cumplía gozosamente. Apenas llegaban estos voluntarios a la Casa del Pueblo eran distribuidos en diversos parajes de la ciudad y en los caminos de acceso a ella. En esta tarea de preparación y de formación de milicias intervino, firme y activamente, el teniente coronel de Carabineros Llopis.

La oficialidad, vibrante y deseosa de acción y combate, se veía obligada a permanecer a la expectativa. El Comandante militar seguía sin dar señales de vida. El Cuartel de Ametralladoras era una caldera a punto de estallar. El capitán médico don Cristóbal López Rodríguez, lo mismo que otros jefes y oficiales, se afanaba en ir organizando los restos dispersos de los partidos de derecha que todavía quedaban en libertad. Las tres cuartas partes de los individuos significados de éstos yacían reclusos en la cárcel bajo la férula implacable del esbirro Fernando Espinar. Sin embargo, algunos

quedaban. Núcleos pequeños, que no tenían más remedio que ocultarse y trabajar en la sombra, entre infinitos peligros, pues el adversario no se dormía ni mucho menos. Allí en una casa de vulgar apariencia, la número 26 del paseo del Parque, pudieron reunirse algunos monárquicos y tradicionalistas y los pocos individuos que quedaban de la Junta de Mandos de Falange Española. Los hermanos López Rodríguez, don Luis Giménez Moreno y don José Medina Payán disponían de algunos enlaces. Un grupo de jóvenes afiliados a Renovación Española y a Falange esperaba sus órdenes. De acuerdo con sus compañeros del Batallón, el capitán médico López Rodríguez y el teniente de Infantería Socías Herrera marcharon a preparar debidamente a los elementos de derechas que se pudieron congregarse.

El plan era que estos paisanos entrasen por la noche en el Cuartel de Ametralladoras. Allí se les proveería de armas y se les encuadraría entre la tropa. López Rodríguez y Socías se dirigieron a la citada casa del Parque, donde los directivos falangistas que en ella había recibieron una contraseña para ser reconocidos por los militares en todo momento. A los directivos antes citados se habían unido también espontáneamente don Andrés Moreno y don Bernabé Calatrava. Con la premura que las circunstancias, cada vez más graves, imponían a todos, se organizaron como se pudo unas escuadras de Falange, allegando bajo la misma consigna los individuos adictos dispersos por la ciudad de quienes se tenía noticia. La misión de ponerse en contacto con las derechas y de transmitir órdenes era arriesgadísima. Por todas partes vigilaban los rojos. Innumerables espías estaban al acecho. Las casas donde vivían familias desafectas o que se suponía desafectas al régimen, estaban sitiadas y amenazadas por los milicianos. Los registros se sucedían sin tregua. Era necesario burlar la estrecha vigilancia establecida por los rojos y proceder con serenidad y astucia para ir en busca del amigo oculto y transmitirle las instrucciones que el Mando había dictado.

Ya el día 19, puede decirse que quedó la calle totalmente en manos de los rojos. El teniente coronel Llopis con Pradal, Romero y el Gobernador estudiaron sobre el plano la distribución de las fuerzas populares. Se puso una vigilancia especial de milicias en la Comisaría de Policía, otra en los alrededores de Radio Militar y otra en la estación del ferrocarril. En los puntos estratégicos, cercanos a los cuarteles del Batallón de Ametralladoras y de la Guardia civil, situáronse también fuertes contingentes. En las azoteas y terrados se apostaron grupos de pistoleros. Numerosas patrullas recorrían las calles. El Gobernador publicó un bando ordenando la inmediata entrega de armas a todos los individuos que no lo hubieran hecho todavía, bajo penas severísimas. Al mismo tiempo se seguían repartiendo estas mismas armas y otras, en gran cantidad, a los innumerables rojos que continuaban afluyendo de todos los pueblos de la provincia. Las derechas quedaron prácticamente anuladas. Un inmenso silencio, que contrastaba con las algarabías del día anterior, parecía vaciar la ciudad. Pero el movimiento no cesaba. Y algunas veces se reproducían por breves instantes los gritos y los tumultos:

—¡Mueran los fascistas! ¡Viva Rusia!

Estos gritos cruzaban, de pronto, los aires, como trallazos de rencor y desafío. Inmediatamente surgía el eco poderoso de estas palabras en cien, en mil gargantas enronquecidas. Tras estas explosiones repentinas, a las que solían acompañar algún que otro disparo, volvía a cuajarse un silencio denso, húmedo, lleno de presagios dolorosos.

Veinticuatro horas más transcurrieron, hasta que ya el día 20 llegó de la Comandancia militar la por los oficiales ansiada

LOS PUNTOS
ESTRATÉ-
GICOS,
CUBIERTOS
POR LAS
PATRULLAS
ROJAS

ORDEN DE
ACUARTEL
MIENTO



El templo de Santo Domingo, incendiado por los rojos.

EN EL CUARTEL DE CARABINEROS

orden de acuartelamiento, preludio de la mucho más anhelada declaración del estado de guerra. Huertas Topete continuaba con sus funestas vacilaciones. Ya no era posible recuperar el tiempo perdido, que los rojos aprovecharon en ganar por la mano a los militares.

En el Cuartel de Carabineros hubo una violentísima escena entre el coronel, don Toribio Crespo Puertas—decidido a secundar el Movimiento—, y el teniente coronel Llopis. Llegaron ambos a empuñar las pistolas. Un comandante que se hallaba presente, el señor Martínez Sansón, excitadísimo, quiso formar en el acto la fuerza en el patio del Cuartel para echarse a la calle. Pero en el patio y en los corredores del edificio castrense muchos carabineros se agrupaban indecisos, ceñudos y enigmáticos.

Hubiera sido una locura, en tales condiciones, utilizar de improviso estas fuerzas dudosas. Así lo comprendió el coronel Crespo, pasado el primer momento de ira. Por su parte, Llopis abandonó el Cuartel rodeado y aclamado por unos cuantos carabineros. Algunos de éstos le siguieron con las armas en la mano a la Casa del Pueblo.

—El Gobernador civil, apenas publicado su bando, telefonó a la Comandancia militar. Quería pedir explicaciones al teniente coronel Huertas por su orden de acuartelamiento.

—La orden obedece a la necesidad de evitar conflictos graves—dijo el Comandante militar.

La sencillez y la evidencia de esta contestación que en tan modestos términos encerraba una realidad catastrófica que ya estaba en el ánimo de todos, hicieron enmudecer por varios instantes a Peinado Vallejo.

—Las cosas han llegado a un punto, señor Gobernador—continuó aquél—, que el menor incidente puede dar lugar a un choque entre las tropas y el pueblo, y mi deber es evitarlo, como creo que es también el de usted. Además, las provocaciones de que se hace objeto a los militares son constantes y, naturalmente, no estoy dispuesto a tolerarlas...

Hubo un momento de silencio que, sin duda, causaba la reacción nerviosa de la primera autoridad civil ante aquellas palabras cuyo significado resplandecía ya sin equívoco posible. Hasta entonces cabía esperar, siquiera fuese cerrando tercamente los ojos a una realidad que desbordaba por todas partes, un acuerdo, un pacto, una fórmula, algo, por difícil que fuese, que, unificando los propósitos de las dos autoridades, la gubernativa y la militar, conjurase el conflicto. Después de lo dicho por Huertas Topete, todo arreglo devenía inverosímil. Acuartelar en este caso significaba sencillamente aceptar el reto. La declaración del estado de guerra era la

RUPTURA ENTRE EL COMANDANTE MILITAR Y EL GOBERNADOR CIVIL

consecuencia obligada e inmediata de aquel acto. En circunstancias normales, si por cualquier circunstancia hay que adoptar la medida de recluir a la tropa en sus cuarteles, la autoridad castrense no la realiza sin explicarla y notificarla, previa cuenta a la autoridad civil, y mucho menos sin la oportuna consulta telefónica al Ministerio de la Guerra.

La actitud de los militares quedaba ya, pues, perfectamente definida. El Gobernador salió de su pequeño colapso acústico para pronunciar unas palabras solemnes, engoladas y casi históricas, como convenía a las circunstancias... Pero antes hubo de preguntar capciosamente:

—¿Ha consultado usted su decisión con Madrid?

—No, señor, no he consultado con nadie. No lo he creído necesario.

—Pues bien, señor Huertas, yo sólo tengo que decirle que si se subleva la guarnición de Almería usted será el responsable máximo ante la justicia del Gobierno de la República... Y dicho esto colgó el auricular.

Los cabecillas marxistas, que en aquel momento rodeaban al señor Peinado Vallejo en su despacho, aprobaron con sonrisas de satisfacción y apretones de manos las rotundas y elocuentes palabras del Gobernador. Y desde este preciso instante quedaron cortadas toda clase de comunicaciones entre el Gobierno civil y la Comandancia militar.

COMO la situación iba haciéndose ya insostenible, los jefes y oficiales del Batallón de Ametralladoras decidieron, unánimes, no dejar pasar ni un día más sin actuar como debían. El primero de los acuerdos tomados fué el de exigir al Comandante militar que declarase inmediatamente el estado de guerra. En caso de no ser atendidos, le exonerarían de su cargo y obrarían por su cuenta. Ya no era posible esperar más. En el mismo cuarto de Banderas se redactó el bando promulgatorio de la ley marcial, que el desarrollo de los sucesos impidió que llegase a ser fijado en los muros de Almería.

Huertas, vencidos ya sus últimos escrúpulos, se mostró dispuesto a dar el paso decisivo, pero quiso, antes de firmar el bando, convocar a una reunión a todos los jefes y oficiales de la plaza. Así se acordó, fijando para ello la hora de las nueve de la noche de aquel mismo día 20.

A las seis de la tarde salen de la Casa del Pueblo nutridas fuerzas de milicianos marxistas perfectamente pertrechados. Todos llevaban fusil o rifle con dotaciones completas, a más de pistolas y cuchillos o machetes. Algunos portaban incluso pistolas ametralladoras. Era sólo una parte de las huestes organizadas por Llopis. Salieron estos grupos en relativamente correcta formación y se dirigieron a tomar posiciones alrededor del Cuartel de Ametralladoras, que, de este modo y con los francotiradores rojos que ya se habían instalado desde el día anterior en bocacalles y azoteas, quedaba cercado por completo. Otra maniobra por el estilo realizaron respecto al Cuartel de la Guardia civil y a la estación de la Radio Militar instalada en la Alcazaba.

De pronto hizo irrupción en pleno centro de la capital una verdadera y ruidosa caravana de camionetas y coches ocupados por nuevos refuerzos de campesinos y mineros que venían a incorporarse a las filas de los luchadores rojos. Entre estos elementos destacaba un fuerte contingente de dinamiteros de las minas de Serón, provistos de cartuchos de dinamita, bombas y armas de todas clases. Constituían, sin duda, la nota más truculenta y amenazadora de cuantas se prodigaron en aquellos terribles días.

Los oficiales y jefes, reunidos permanentemente en el Cuartel de Ametralladoras, supieron, a eso del anochecer,

FUELE CONVOCADO A LOS Y ORDENADO PARA ACORDAR LA DECLARACION DEL ESTADO DE GUERRA

MILICIA ROJAS POSICIONADAS ALREDEDOR DEL CUARTEL DE AMETRALLADORAS

que ya en Granada se había declarado el estado de guerra. Poco antes se había presentado a sus superiores el brigada don Angel Menchón Reguera, dándole cuenta de la aproximación de las fuerzas de milicias que habían salido de la Casa del Pueblo. No obstante estos informes, que, lejos de deprimir, exaltaba hasta el colmo la impaciencia de aquel puñado de hombres ansiosos de acabar de una vez con aquella situación inaguantable, era necesario esperar. El Comandante militar lo había exigido así. El señor Huertas Topete quería que el acuerdo definitivo se tomase en la junta de jefes y oficiales convocada para las nueve de la noche en el Cuartel de la Guardia civil.

La junta de jefes y oficiales fué borrascosa. En el amplio despacho del teniente coronel Vázquez Moscardó, jefe de la Comandancia de la Guardia civil, se reunieron los convocados, a excepción de los que de ningún modo podían abandonar el servicio y de algunos, muy pocos, que camuflaron su voluntad con el falaz pretexto de atender a inexcusables deberes perentorios, entre éstos el capitán de Asalto Peñafiel. Don Isaac Llopis, en cambio, asistió impertérrito. Su situación ante sus compañeros era muy difícil. Preside la pequeña asamblea el Comandante militar de la plaza quien, en breves palabras, expuso la situación y comenzó a pedir su parecer, uno por uno, a los reunidos.

Habló primero el coronel de Carabineros, don Toribio Crespo Puertas, y su opinión fué lacónica. «Hay que secundar el Movimiento iniciado en Africa, declarar sin dilación el estado de guerra en Almería y contestar a tiros a las provocaciones marxistas.» La acogida entusiasta que se hizo a estas manifestaciones hizo inútil continuar la petición de opiniones, pues los presentes, según iban hablando, se limitaban a sumarse a lo dicho por el señor Crespo. Algunos añadían conceptos más o menos violentos, que eran cortados en flor por el presidente...

El teniente coronel Llopis dejó pasar su turno, y al tomar la palabra, dijo que él no sólo no estaba conforme con el Movimiento, sino que, como todos los presentes sabían, ya había comenzado a actuar contra él. Llopis fué detenido en el acto, sin oponer la menor resistencia, y conducido al Cuartel de Ametralladoras, donde quedó bajo una custodia de plena confianza.

La reunión terminó con la lectura del radiograma que el Comandante militar hubo de transmitir momentos después al jefe de las fuerzas nacionales, adhiriéndose en nombre propio y en el de la guarnición de Almería al Movimiento iniciado en Africa tres días antes. El radiograma fué contestado una hora más tarde.

La detención del teniente coronel Llopis, tuvo la virtud de despejar la situación en el Cuartel de Carabineros. Los comandantes Martínez Sansón y Andrade se apresuraron a formar la fuerza, que, salvo la que se encontraba de servicio en el puerto—una sección al mando de un teniente—, se hallaba casi completa, con cerca de cien hombres bien equipados y con abundante munición.

El coronel don Toribio Crespo Puertas, tras breve arenga a los carabineros, que prorrumpen en aclamaciones patrióticas, da las órdenes oportunas para organizar la salida del Cuartel. Un momento difícil se había salvado. La actuación de Llopis y de otros elementos políticos cerca de los carabineros durante los últimos días no había podido menos de producir su efecto en el espíritu de los vacilantes, pero oportunamente las palabras del coronel Crespo unificaron la acción de todos, y si hubo discrepancias ocultas, no se manifestaron. A las diez de la noche salieron de la Comandancia las fuerzas de Carabineros, formadas y con sus jefes y ofi-

ciales a la cabeza, rumbo al Cuartel de Ametralladoras. La entrada en éste se hizo a los gritos de «¡Viva España!» y «¡Viva el Ejército!», sin ser hostilizadas por los rojos que se hallaban apostados en los alrededores del edificio.

Poco después sonó una descarga cerrada contra las puertas del Cuartel. Desde entonces, y con ligeros intervalos, no cesó el tiroteo en toda la noche. El fuego procedía principalmente de las azoteas. Disparos sueltos o pequeñas descargas de ninguna eficacia, ya que las fuerzas habían recibido orden de no gastar municiones en responder a las agresiones inútiles. En tanto que este primer episodio de la lucha se desarrollaba fuera, en el interior del Cuartel del Batallón de Ametralladoras se hacían los preparativos necesarios para la próxima jornada. El clarín de combate debía sonar al amanecer.

Cerradas las puertas del Cuartel, establecidos los puestos de vigilancia y hecho el recuento de los carabineros que, como hemos dicho, habían llegado, con sus jefes y oficiales al frente, se procedió a la organización de las fuerzas que debían salir para la toma de la ciudad. El teniente coronel del Batallón y comandante militar de la plaza, Huertas Topete, dió las órdenes precisas para dar comienzo al plan acordado. Una de las cosas que había que hacer inmediatamente era rescatar la sección de carabineros que se hallaba en el puerto. Toda esta zona fué invadida por los milicianos desde los primeros momentos. El teniente que mandaba la sección del puerto, don Diego García Vidal, comunicó que su situación era muy difícil. Y poco antes de la una de la noche marchó para llenar este objetivo una Compañía reducida en el número de sus individuos, integrada por soldados y carabineros, mandada por el capitán Navarro Chacón. Fué ésta la primera tropa que entabló combate con los rojos en las calles de Almería.

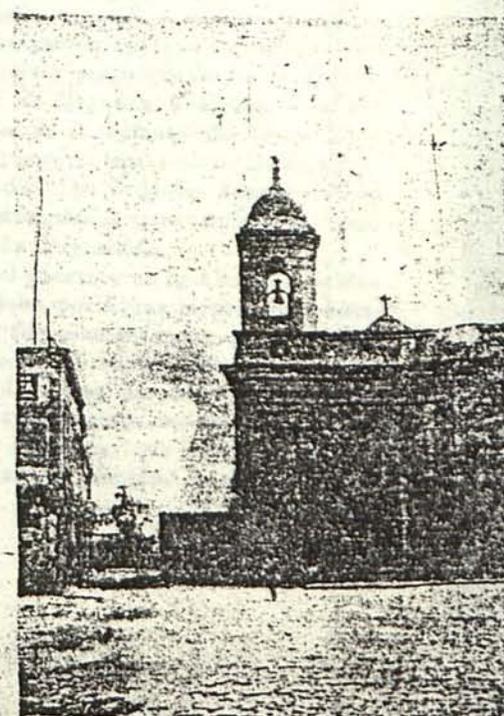
A pesar de que los grupos enemigos que se ocultaban en los alrededores del Cuartel observaron perfectamente la salida de la fuerza, pudo ésta avanzar sin ser hostilizada. La noche era clara. El silencio profundo sólo se turbaba brevemente con las voces de mando de los oficiales. En algunas azoteas cercanas se movían bultos oscuros; los soldados avanzan, apretando en su mano el fusil, prontos a hacer fuego; los oficiales al frente, empuñan la pistola, atisbando en la oscuridad la asechanza o el ataque. Nada, sin embargo, hombres ni obstáculos materiales impiden el rápido y decidido caminar de la compañía. El capitán Navarro Chacón ordena que se desliguen y separen los dos núcleos que la componen. Por una parte, los carabineros seguirán todo a lo largo la línea del pretil del muelle, y por otro, los soldados de Infantería el paseo de coches y las inmediaciones de los edificios del Parque. Después de atravesar los jardines de éste, los infantes darán frente hacia la cabeza de la unidad de Carabineros que marcha en vanguardia, para, en un movimiento convergente, hacer alto a cincuenta metros del lugar mismo donde se encuentra el retén que había de ser protegido.

La maniobra se realizó perfectamente. Pero claro está que hubiera sido ilusorio pensar que la operación podía transcurrir sin fuerte combate. Una descarga ce-

EN EL
CUARTEL
DE
AMETRALLA-
DORAS

RESCATE
DE
UN RETÉN
DE
CARABINEROS
CERCADO
POR LOS
MILICIANOS

La parroquia de San Sebastián, ardiendo.



rrada, a la que siguieron inmediatamente otra y otras. saludó a los libertadores. Y la refriega de los milicianos con los carabineros sitiados, encerrados en uno de los pabellones del muelle, se recrudeció con extraordinaria violencia. Hasta entonces, el teniente García Vidal con sus carabineros se había defendido con admirable tesón. Los rojos, que eran muy superiores en número, les atacaban ya de tan cerca y con tanta acometividad, que la llegada de la fuerza protectora fué la salvación del destacamento. Los marxistas, agazapados, pegados al suelo y movilizándose constantemente, disparaban contra la tropa, mientras la masa que rodeaba el recinto donde se defendía aquel puñado de hombres, se situó lateralmente para continuar su intenso fuego sobre el edificio. El capitán Navarro ordena entonces el ataque simultáneo de frente y de flanco. Funcionan las ametralladoras y se hace un claro completamente despejado entre el recinto y la avanzadilla de los carabineros que venían por el pretil. Esta zona de terreno despejado fué aprovechada por el capitán del referido Instituto, don Julián Serrano, que en el Cuartel se había incorporado a la columna. Solo, sin más acompañamiento que el silbido de las balas que pasa a su alrededor y rozan su pecho, Serrano cruza aquella franja de terreno y a pocos metros de los sitiados, colocándose en el lugar menos oscuro para ser fácilmente reconocido a la luz de la luna, grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Teniente García Vidal! ¡Arriba España!

La voz es oída y el oficial reconocido por sus subordinados. Otro «Arriba España» resuena en el interior del recinto. Vibran en el aire vítores patrióticos. En un instante saltan los sitiados al exterior. La fuerza de Infantería tiene a raya al grueso de los marxistas, en tanto que las secciones de Carabineros situadas en el pretil se lanzan por el muelle adelante, hasta unirse con sus compañeros recién libertados. El fuego no cesa. Los rojos concentran furiosamente sus descargas contra los soldados, verdadera barrera infranqueable que les impide cortar la retirada al resto de la compañía. Inútil esfuerzo. En vigoroso contraataque, los nacionales no sólo rechazan a la formación enemiga más importante, sino que siembran en ella tal desconcierto, que la dispersan, la persiguen y capturan cincuenta y tres prisioneros, a más de bastante armamento, fusiles, rifles y escopetas...

Desde este rudo y continuado choque que puede considerarse como final, el enemigo, en retirada, no se atreve a oponerse al repliegue de la Compañía. La unidad había conseguido brillantemente su objetivo y ya sólo le quedaba replegarse hacia el Cuartel, cosa que realizó sin abandonar un solo momento el orden de combate. La acción de la lucha había durado hora y media. Las bajas, dada la intensidad de la lucha, no fueron elevadas, pero entre ellas hubo que registrar, heridos graves, dos carabineros y el alférez del mismo Instituto, señor Cara Fornieles, que cayó también gravemente al principio de la acción:

POR el patio del Cuartel se estaban ya formando otras nuevas unidades. Se añadían y combinaban con las compañías del Batallón, secciones de carabineros. Los paisanos adictos que, mediante una contraseña, iban a penetrar por la noche en el Cuartel, no pudieron hacerlo. El total de combatientes que pudo reunirse no ascendía a más de doscientos veinte hombres. Y de ellos era preciso descontar los que tenían que quedarse defendiendo el Cuartel.

La idea primitiva fué formar dos columnas, de las cuales una se dirigiría directamente al Gobierno civil y la segunda, apoyando a la primera, se encargaría de apoderarse de algu-

nos centros oficiales, en los que se calculaba encontrar poca resistencia. Pero poco después de las dos de la madrugada se recibieron noticias de que la Alcazaba, donde se hallaba instalada la estación de Radio Militar, era objeto de un ataque. La petición de auxilio era urgente. Decidióse, pues, que, sin pérdida de tiempo, marchasen a la Alcazaba dos secciones de Infantería al mando de los tenientes Socías Herrera y Goncer Morales.

No bien habían traspuesto dichas fuerzas los portones del Cuartel, cuando empezaron los disparos. La Alcazaba se halla situada en la periferia de la población, en lo alto de una colina, desde la que se domina completamente toda la ciudad. El avance fué veloz, pero dificultoso. En la subida hacia la Alcazaba no podían desplegar bien las secciones por los declives del terreno, y los grupos marxistas que acechaban a un lado y a otro, ocultos en las zonas de caserío y tras de parapetos improvisados, hacían nutrido fuego. Al llegar a la proximidad de las murallas, la tropa cobró más elasticidad en sus movimientos y pudo coger casi por sorpresa a los destacamentos de milicianos que rodeaban de cerca a la estación.

Un sólo ataque bastó para que éstos se desparramasen por las laderas del monte. Por su parte, la pequeña fuerza que guarnecía aquella aprovechó el momento para hacer una salida y coger entre dos fuegos a los rojos. La maniobra tuvo éxito y las dos secciones tomaron sin dificultad posesión del edificio. El teniente de ingenieros don Antonio Gil Cuadra, jefe de la Estación de Radio Militar, había estado defendiéndola valerosamente durante varias horas con una docena de soldados. Cubierto el objetivo sin más novedad, las dos secciones con sus oficiales, Socías y Goncer, a las que se agregó el teniente Gil Cuadra, se dispusieron al regreso, no sin dejar guarnecida la Alcazaba con un pelotón de soldados provistos de una ametralladora, al mando del sargento don Rogelio Toril.

Apuntaba ya el alba cuando este puñado de hombres descendía de la colina. Unos minutos antes habían salido del Cuartel las otras fuerzas destinadas a apoderarse de la ciudad. Y sólo en el breve espacio de tiempo que tardaron las secciones de Socías y Goncer en cubrir la distancia que les separaba del grueso del Batallón, la lucha quedó enraizada y comprometida con caracteres agudísimos. En realidad, la contienda en Almería alcanzó gran intensidad, aunque fué discontinua, con lapsos de calma entre sus episodios culminantes y siempre localizados en algunos puntos.

Mientras tanto, se habían organizado las fuerzas restantes del Cuartel de Ametralladoras, distribuyéndose adecuadamente la tropa que había de quedar para la custodia y defensa del Cuartel. En cada ventana o hueco del edificio se colocaron varios soldados protegidos por sacos terrosos; instalóse también, en un ángulo resguardado de la azotea, una ametralladora. Aunque no llegaban a treinta hombres los que quedaron encargados de la defensa del Cuartel, las condiciones de este edificio permitía una resistencia relativamente eficaz en caso de asedio. Los brigadas Sánchez Picón y Ubeda Monedero fueron designados para dirigir la resistencia y mandar tan pequeña guarnición.

Las acciones libradas en el puerto y en la Alcazaba habían tenido completo éxito. Quedaba por librar la principal batalla, la decisiva, la que tenía forzosamente que dar por resultado el triunfo o el fracaso de la sublevación en Almería. Era necesario tomar la ciudad. Era preciso vencer con las armas en la mano a los cuatro o cinco mil marxistas, más de la mitad perfectamente armados, que entre milicianos, campesinos y mineros se habían reunido. Enemigo duro y

ESTA-
MENTO
DE LA
ALABA,
EN
MIGRO

SE
ORGANIZAN
DOS
COLUMNAS
PARA LA
OCUPACIÓN
DE LA
CIUDAD

difícil. Si a esto se añade que, por la pérdida de tiempo ocasionada por las dudas y vacilaciones del Comandante militar, el adversario ocupaba ya los edificios y lugares más estratégicos de la capital, se comprenderán las dificultades, poco menos que insuperables, que se presentaban para llevar la empresa militar a feliz término.

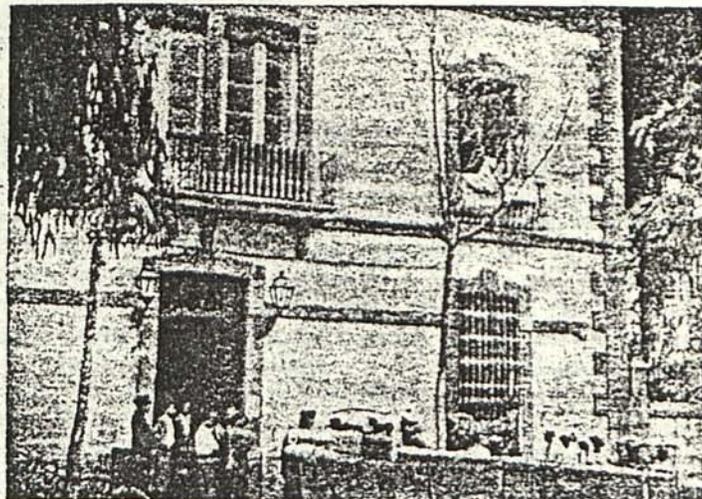
Hubo algún debate acalorado sobre el plan a seguir en la ya inmediata operación militar. Al fin se adoptó el proyecto inicial con ligeras modificaciones. Consistía éste en organizar dos columnas, formada cada una por una compañía, en las que se encuadrarían las secciones de Carabineros. Ambas columnas tenían por objetivo final el asalto y toma del Gobierno civil. Pero la primera, además de la fijación de los bandos de declaración del estado de guerra, se encargaría de atacar y posesionarse de la Casa del Pueblo, que se hallaba a su paso, de establecer un servicio de seguridad en la Comandancia de Carabineros y de apoderarse, por las buenas o por las malas, del Cuartel de guardias de Asalto. El camino a recorrer hasta llegar al edificio del Gobierno era largo. Y en él, y sobre todo en su etapa terminal, se hallaba la casi totalidad de las fuerzas rojas, protegidas eficazmente por barricadas, esquinas, parapetos y balaustradas de azoteas.

La primera columna iba mandada por el capitán don José Fuster y llevaba como oficiales a los tenientes de Infantería Rodríguez Polanco y Goncer y al de Carabineros García Vidal. Con ellos formó también el capitán ayudante del Batallón, señor Rodríguez Castillo. La otra compañía, que constituía la segunda columna, la mandaba el capitán señor Navarro Chacón—agregóse a ella el oficial del mismo grado, perteneciente a la Caja de Recluta, don José María Cueto García—, a cuyas órdenes iban los tenientes Colomer y Alvarez Guerrero, de Infantería, y Del Pino, de Carabineros.

Tal era todo el contingente militar que salió a la calle en Almería. Escasísimo, ciertamente, pero no había otro. Es decir, sí. Estaban también las fuerzas gubernativas, mucho más numerosas, que, por su carácter castrense, debieron adherirse unánimes a la obra de sus compañeros. Pero esos elementos sólo en parte lo hicieron así. Los guardias de Asalto, con su capitán Peñafiel al frente, actuaron decididamente al lado de los revolucionarios. La Guardia civil actuó, desde luego, a favor del Alzamiento en la calle, y después, defendiendo su Cuartel, entre cuyos muros se albergaron a la hora de la refriega, con algunas excepciones, cuantos el día anterior figuraban en plantilla.

ERALEN LAS cinco de la mañana del día 21 cuando se abrieron de par en par las puertas del Cuartel para dar paso a las tropas. Pero esta vez no ocurrió como antes con las unidades que se dirigieron al puerto y a la Alcazaba. No hubo dilación ni retardó en el comienzo de las hostilidades. Se peleó desde el primer momento con la mayor dureza. La primera sección de vanguardia tomó inmediatamente contacto con el enemigo. Disparaba éste sin cesar desde las posiciones que había tomado en los edificios inmediatos. Los militares no tuvieron más remedio que marchar a pecho descubierto, ofreciendo magnífico blanco al enemigo. El capitán Fuster, que va en cabeza al lado del capitán ayudante, Rodríguez Castillo, ordena «paso ligero» y a cada breve detención «fuego por descargas». De esta manera se responde a los pocos enemigos que, bien parapetados y protegidos como se hallan, resultan casi invulnerables.

Según van internándose las fuerzas en la ciudad, el fuego se hace más y más intenso. Casi todas las ventanas y balcones permanecen con las maderas cerradas; otros, entre-



El edificio del Gobierno civil de Almería

abiertos, indican la presencia de guerrilleros rojos, y otros, abiertos del todo; se hallan cegados por tablas y muebles, tras de los cuales asoman sus bocas amenazadoras los fusiles. Las azoteas son, sin embargo, los lugares de emplazamiento más terribles para los combatientes de la calle.

El paso por las calles de Almedina y de la Reina se realiza sin grandes detenciones y sin cesar un solo instante en la lucha. En la Comandancia de Carabineros, en la que no había quedado fuerza alguna, es preciso establecer, por pequeño que sea, un servicio de seguridad. Así se hace. Y el avance continúa. Poco menos de tres cuartos de hora han bastado para recorrer un trayecto que, aunque corto, estaba formidablemente defendido por verdaderos racimos de francotiradores apostados en posiciones extraordinariamente favorables.

Todos estaban persuadidos de que la Casa del Pueblo ofrecería una gran resistencia. Desde hacía más de una semana se había convertido en depósito de armas y municiones. El éxito de la toma de la Casa del Pueblo se debió, sin duda, a la rapidez del asalto. Fuster ordenó a la sección de Carabineros mandada por el teniente García Vidal que, avanzando bajo el fuego cruzado de las tropas y los marxistas, destacase un pelotón para que inmediatamente forzase la puerta de entrada. El pelotón se colocó de un salto a la entrada del edificio y a golpes de hacha y machete en pocos minutos la puerta quedó hecha añicos. El acto hubo de realizarse con tal celeridad, que el enemigo tardó en darse cuenta de lo ocurrido, y cuando acudieron, en tropel, desde el interior, a cerrar el boquete, ya era tarde; la sección del teniente García Vidal estaba dentro de la Casa del Pueblo. Entonces se produjo entre los defensores del presunto baluarte un pánico indomable, y tras el pánico, la retirada. Cada cual escapó como pudo y por donde pudo. La Casa del Pueblo arrojaba hombres al exterior por puertas y ventanas, muchos de los cuales cayeron heridos o muertos al pie mismo del muro, o fueron hechos prisioneros por las fuerzas nacionales.

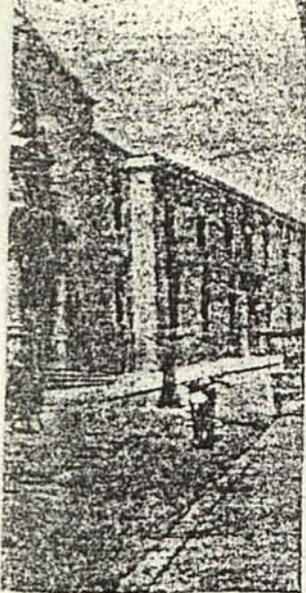
Era natural que una acción tan rápida y brillante despertase el júbilo entre oficiales y soldados: Tal vez pensaban por esto, en su disculpable optimismo, que los demás objetivos podían ser cubiertos con la misma facilidad. Los hechos vinieron pronto a demostrarles lo contrario.

El Cuartel de los guardias de Asalto se hallaba situado en un ala del antiguo convento de las Puras, que abre su severa traza arquitectónica en la plaza del Carmen. La mayor parte de la fuerza no estaba en el Cuartel; el capitán Peñafiel la tenía a sus órdenes en el Gobierno civil. Algunos pequeños

TOMA DE LA CASA DEL PUEBLO

EN EL CUARTEL DE ASALTO

SALEN LAS FUERZAS INICIA LA LUCHA



destacamentos de Asalto se veían también en las barricadas levantadas en las inmediaciones de aquel centro oficial. Los guardias de Asalto se confundían y fraternizaban con los revolucionarios y dinamiteros que tiraban contra el Ejército.

El capitán Peñafiel había dejado en el edificio donde se alojaba su unidad una sección de guardias al mando del teniente don Francisco Dueñas. Al llegar la compañía de Fuster al convento de las Puras, el oficial de vanguardia llamó a la puerta del Cuartel de Asalto. Salió Dueñas a tiempo que se dirigía a él el capitán ayudante del Batallón de

Ametralladoras, señor Rodríguez Castillo, solicitando al teniente que se uniese con sus hombres a la columna; pero el teniente, buscando evasivas, alegaba las instrucciones que había recibido de su jefe. Al fin, el asunto quedó resuelto: la fórmula de arreglo de Dueñas consistía en incorporar a la columna un cabo y seis guardias, quedándose él con el resto de la fuerza acuartelada, sin intervenir en nada.

Liquidado de tan precaria manera este pequeño problema, las tropas siguieron adelante. El fuego seguía cruzándose entre ambas partes sin interrupción. No obstante, la columna iba ganando, con relativa velocidad, la calle de Cervantes y luego la plaza de la Catedral, calle de Lope de Vega, plaza de Careaga y calles de la Marquesa y Real, hasta desembocar en la plaza de San Pedro. Aquí encontraron una resistencia furibunda. Importantes contingentes enemigos se avalanzaron, impetuosos, contra los soldados. El fuego que se les hacía desde todas partes no sólo les obligó a detenerse, sino que, concentrándose sobre ellos certeramente, les impidió toda coordinación. Era necesario una reacción automática y vigorosa. Rodilla en tierra, resistieron los infantes, que formaban en el centro de la pequeña columna, el choque con el enemigo. La vanguardia fué arrollada. Una verdadera oleada de mineros—con sus característicos pañuelos rojos al cuello—, encuadrados en una compañía de milicianos, invadió la plaza de San Pedro, dejando detrás de su frente de choque a una gran parte de la sección del teniente García Vidal, cuyos individuos quedaron envueltos y confundidos con la fuerza marxista.

El contraataque se llevó a cabo con magnífico empuje, y a la media hora de combate pudieron las fuerzas nacionales abrirse paso y continuar su camino por la calle de Rada y la avenida de la República. Pero los rojos se rehicieron pronto; los refuerzos de enormes masas de hombres que sin cesar recibían imposibilitaban otra acción a los nacionales que la de resistir sus acometidas. Todo un sistema de barricadas y de emplazamientos, bien protegidos con parapetos de adoquines, ladrillos y tierra, defendía la citada plaza. Cerca, en la rambla del Obispo Orberá, en el edificio ocupado por al Federación Socialista, había un foco de resistencia. El capitán Fuster dió orden de asaltar y ocupar el Hotel Suizo. La operación fué llevada a efecto con más rapidez de la que podía esperarse. Al mismo tiempo, los vecinos de la casa frontera al Hotel abrían las puertas a los soldados, que lograron con ello un emplazamiento valiosísimo. En la azotea de esta casa se colocó una ametralladora, cuyo fuego eficaz, dirigido por el teniente Polanco, pudo neutralizar el intensísimo que hacía el enemigo desde la Federación Socialista. Otra máquina, situada en la esquina de la calle del Obispo

Orberá y la plaza de Ramón y Cajal, rindió también importante servicio. Sus ráfagas barrían materialmente los alrededores del Gobierno civil, impidiendo los movimientos del enemigo por este lado.

LA conjunción de las fuerzas del capitán Fuster con las de la otra columna mandada por el capitán Navarro Chacón se realizó tal y como se había previsto. La marcha de esta segunda compañía, más rápida que la de Fuster, se fué graduando en lo posible a la de la primera, con objeto de no perder los contactos indispensables. En algunos puntos de su trayectoria encontró bastante resistencia. En cambio, pudo ocupar sin grandes dificultades los objetivos concretos que a su paso tenía señalados: la estación de Radio Almería, en la calle de Arapiles, y el edificio de Correos y Telégrafos. La Diputación y el Ayuntamiento fueron ocupados por pequeños destacamentos desglosados de la columna. Luego, prosiguiendo ésta su marcha por las calles de Tamayo y Conde Ofalia a salir a la avenida de la República, corrió por Méndez Núñez hasta situarse en la zona que tenía designada para, desde ella y con las dos ametralladoras de refuerzo que llevaban, batir directamente el Gobierno civil.

En este momento, que es cuando en realidad se verifica el enlace del grueso de las dos columnas, la lucha entra en una fase muy grave. El combate se hace durísimo. Todos los centros oficiales, excepto el Gobierno civil, se hallan en poder del Ejército, que, si bien no posee más que el terreno que pisa, ha ganado ya la mitad de la partida. La terrible contienda se halla localizada—salvo escaramuzas en otros lugares—en un solo sector, no muy extenso, de la ciudad. En los demás parajes de Almería, solitarios y mudos, patrullan algunas fuerzas de la Guardia civil, aparte de destacamentos del benemérito Instituto que también actúan al lado del Ejército en la zona de combate.

La clave de la situación y por consiguiente de la victoria es, sin duda, el Gobierno civil. Si se logra dominar éste, todo el tinglado de la resistencia roja caerá. Los militares luchan con arrojo y confían. Allá en lo alto de la terraza, donde el teniente Rodríguez Polanco había instalado su ametralladora, unos gemelos de campaña otean el horizonte. El oficial observa con insistencia tres puntitos metálicos que brillan al sol y se dirigen hacia Almería. Sí, son aviones. Vienen por suroeste y vuelan muy alto. ¿Serán nacionales, serán rojos?

Son las nueve y media de la mañana. Los tres aparatos, dos bombarderos y un caza, vuelan a escasa altura sobre la ciudad. La primera bomba cae entre las fuerzas militares que hostilizan las barricadas y el Gobierno civil. La segunda, en las posiciones que ocupan las mismas un poco más abajo, en la avenida de la República. Cae otra lejos, en la Alcazaba, donde el pelotón del sargento Toril resiste valeroso el asedio enemigo, y otra, en fin, en el mismo patio del Cuartel de Ametralladoras... No hay duda. ¡Los aviones son rojos! Pasan una y otra vez por encima de sus objetivos—la tropa, el Cuartel, la Alcazaba, el puerto—, y en sus evoluciones dejan caer sus artefactos, de no mucho calibre, no sólo sobre aquellos objetivos, sino también sobre el Parque y otros lugares ajenos a la lucha del casco de la población. Los bombarderos manejan además la ametralladora en algunos vuelos raras, sin que en realidad encuentren obstáculo en su acción, pues el fuego antiaéreo que desde los núcleos atacantes se les hace es poco menos que baldío.

La depresión espiritual inevitable que la presencia de la escuadrilla produjo en las filas del Ejército fué rápida y fugaz; pronto reaccionan los soldados, que enardecidos

LA MARCHA DE LA SECCION COMPA...

CONJUNTO DE LAS COLUMNAS

TODA LA LUCHA SE CONCENTRA EN EL FRENTE GOBIERNO CIVIL

TRES AVIONES ROJOS BOMBARDAN LAS POSICIONES DEL EJERCITO

esta de ara, ada.

ERTE NCIA LOS NOS

por el valor y la energía de sus jefes redoblan vigorosamente su ataque contra el enemigo envalentonado. Uno de los más fuertes emplazamientos de apoyo con que contaba el Gobierno civil era la azotea del edificio de la Escuela de Artes y Oficios. Los fuegos de esa azotea y los procedentes de la del Gobierno se cruzaban sobre los de la tropa, y más aún contra los sirvientes de las máquinas situadas en el Hotel Suizo y en la esquina Orberá (plaza de Ramón y Cajal). El capitán de la segunda compañía, señor Navarro Chacón, procedió en vista de ello a una rectificación de posiciones, intentando un movimiento envolvente sobre el objetivo máximo de la contienda. Mas la maniobra no obtuvo éxito, porque siendo la rambla de Belén una de las vías a atravesar, y estando totalmente ocupada por los rojos, fué imposible dominar por aquel sector. Más fortuna logróse con la iniciativa de tomar el inmueble residencia del Banco Español de Crédito, muy apropiado por su considerable altura para batir con fuego de máquina colocada en sus áticos el tenaz baluarte principal del enemigo: el Gobierno civil.

¿Qué ocurría entretanto en el interior de éste? Al comenzar la trágica jornada del 21, el edificio gubernativo se hallaba perfectamente defendido. Unos treinta guardias de Asalto, un grupo de carabineros y hasta cincuenta marxistas entre milicianos, afiliados a los diversos partidos izquierdistas y dinamiteros de Serón, se albergaban entre los muros del Gobierno civil. Tenían armas y municiones abundantes. Esto, además de la protección enorme que significaban las extensas barricadas erigidas en la calle, alrededor del edificio, y el destacamento situado en los altos de la Escuela de Artes y Oficios, hacían de la sede oficial del marxismo combatiente un reducto inexpugnable para los escasos elementos militares que trataban de someterlo. El alma y jefe de la resistencia en el Gobierno civil fué, más que el propio Gobernador, el diputado Pradal. Iba y venía por las habitaciones del Gobierno civil como una fiera encerrada. En mangas de camisa, despechugado, con los ojos inyectados de sangre por el insomnio y la barba sin rasurar, parecía una especie de pirata de folletín pronto al abordaje.

La actuación de la aviación gubernamental, que los dirigentes rojos creyeron decisiva para la rápida desmoralización y la derrota de los «fascistas», no varió sensiblemente las circunstancias de la lucha. El pánico no se produjo, ni mucho menos, en el campo nacional. Y, por otra parte, la realidad era que todos los centros vitales políticos y administrativos de la ciudad, salvo el Gobierno civil, se hallaban en poder del Ejército. Lo peor para las huestes furibundas de Pradal consistía en la gran dificultad que se les presentaba para pasar de la defensiva a la ofensiva. Las tropas nacionales habían logrado establecerse en sólidas posiciones.

Así las cosas, cerca ya del mediodía, la batalla, que sólo acertaba a interrumpirse de cuando en cuando para dar paso a las ambulancias de la Cruz Roja que se dedicaban a recoger muertos y heridos, adquirió de pronto una violencia extraordinaria. El tableteo de las máquinas, los disparos de fusilería y los explosivos lanzados diestramente por los dinamiteros, componían una sinfonía diabólica. Dijérase que los dos bandos, fatigados ya del continuo pelear, querían llevar a término un postrer y definitivo esfuerzo. En el interior del Gobierno civil se sufría en aquellos instantes un acceso de abatimiento, de desesperación y de desconcierto. Las municiones empezaban a escasear. En el grupo de milicianos y obreros se hablaba incluso de la necesidad de un pacto entre los beligerantes. El capitán Peñafiel se acercó al Gobernador para aconsejarle que comunicase con Madrid. Se hacía indispensable, según él, el envío urgentísimo de un barco de guerra.

—Hace dos horas que me han anunciado desde Málaga la salida del *Lepanto*—murmuró el Gobernador, dando muestras de gran inquietud—. Hay que esperar; hay que esperar...

—La gente empieza a cansarse, y en este plan de derroche de municiones no vamos a tener ni para llegar a la tarde—replicó el oficial de Asalto.

—¿Dónde está Pradal? Búsquele y dígame que venga, y lo mismo a Romero. Hay que esperar... A ver qué piensan ellos...

El capitán Peñafiel salió corriendo a cumplir la misión que se le encomendaba. Pero ya no era precisa. Pradal, esgrimiendo su pistola, venía a grandes zancadas, seguido de «su gente», una docena de tipos patibularios, algunos de ellos cubiertos de vendas ensangrentadas. Venía hecho un energúmeno, dando voces y profiriendo terribles blasfemias.

—¡Cochinos! ¡Cobardes! ¡Fascistas!

Peinado Vallejo, muy pálido, pero reaccionando en seguida ante la sugestión del desenfrenado diputado socialista, se alzó también iracundo y bravío:

—¡Hay que fusilar! ¡Tiros en la nuca! Ya lo sabéis, camaradas—y el Gobernador se dirigía entonces, echando chispas por los ojos, a la «gente» de Pradal—. Recorred los puestos, y al que se acobarde, un tiro en los sesos.

No obstanté tan truculentas consignas, las fuerzas defensivas se mostraban mucho menos entusiastas que al principio de la contienda, y no hacía falta ser un lince para advertir que la moral entre individuos poco disciplinados por temperamento y aun menos duchos en la técnica militar que requerían las circunstancias, podía derrumbarse de un momento a otro.

En minutos tan críticos para los sitiados entraban en la capital por la Venta Eritaña setenta y cinco soldados de Aviación fugados del aeródromo de Armilla, de Granada, provistos de armamento, abundantes municiones y una ametralladora. A su frente venía el capitán médico señor Bort, un suboficial y tres sargentos. La camioneta que conducía a estos individuos pasó como una tromba entre los sitiadores, las barricadas y el fuego de los nacionales, para ir a detenerse a las puertas del Gobierno civil. En esta hora precisa, las once y cincuenta de la mañana, puede decirse que se decidió la lucha. La nueva fuerza llegaba de refresco, bien armada, ebria de espíritu revolucionario y con perfecto conocimiento de cómo estaba planteada la pugna en Almería. Entró en el Gobierno, y automáticamente puso de nuevo en firme la defensa del edificio. La nueva fase que entonces se abre inicia el descenso inevitable de la potencia atacante. Las fuerzas nacionales habían hecho mucho, muchísimo, y todavía continuaron batiéndose con tesón y sin perder terreno. Pero lo único que ya pudieron realizar fué sostener el asedio y seguir jugándose la vida sin esperanza posible de victoria, salvo el caso de que también a ellos les llegasen refuerzos por la tierra, por el aire o por el mar... Así transcurrieron dos horas más.

A las dos de la tarde entraba en el puerto el destructor *Lepanto*. El capitán general de la región, Queipo de Llano, había enviado un radiograma a la Comandancia militar anunciando la partida del destructor: «El *Lepanto* sale para aguas de Almería; pero no temáis, porque va sin oficialidad.» Por su parte, el mando insurrecto del navío también envió otro mensaje al señor Huertas Topete, conminándole a rendirse en el término de dos horas; en caso negativo abriría el fuego contra la ciudad. No se contestó a este radiograma. El buque, entonces, tomó posición de combate, dirigiendo sus cañones de proa contra la capital, mientras emitía otro radio exigiendo respuesta inmediata. A los pocos momentos, en las mu-

LOS
SITIADOS
RECIBEN
UN DECISIVO
REFUERZO

EL
DESTRUCTOR
ROJO
«LEPANTO»,
BAJO
AMENAZA
DE
BOMBARDEO
INTIMO
A LOS
SUBLEVADOS

rallas de la Alcazaba y en el terrado del Cuartel de la Misericordia ondeaban banderas blancas.

Es difícil penetrar las razones que indujeron al Comandante militar señor Huertas Topete a cesar en la resistencia y entregar la plaza. Ciertamente que de no recibir refuerzos, la partida estaba perdida. Pero cuando se efectuó la rendición no se sabía verdaderamente si éstos podrían ser enviados o no. Las amenazas del *Lepanto* hicieron mella en el ánimo del señor Huertas Topete, ya quebrantado ante la extraordinaria superioridad numérica del enemigo y las grandes señales de fatiga de que, luego de tan abrumadora y terrible jornada, daban muestra los soldados.

Las negociaciones para la capitulación se llevaron a cabo rápidamente, tomando parte activa en ellas el teniente coronel de Carabineros señor Llopis, quien apenas recobró la libertad, a la caída del Cuartel de Ametralladoras, se puso en comunicación con el Gobernador civil. No se sabe a ciencia cierta cuáles fueron las condiciones de la entrega. Parece que la idea del traslado de los jefes y oficiales prisioneros a Cartagena fué sugerida por los diputados Pradal y Romero. El *Lepanto* tenía orden, radiada urgentemente desde Madrid, de marchar a toda máquina a la citada base naval.

A eso de las tres de la tarde, los jefes de las unidades que luchaban todavía en las inmediaciones del edificio del Gobierno civil recibieron la orden de replegarse hacia el Cuartel de la Guardia civil. En su repliegue escalonado, que verificaron correctamente sin perder la formación de combate, fueron hostilizados sin cesar por el enemigo. Así, por aquellas mismas rúas y plazas que horas antes recorrieran las entusiastas e ilusionadas fuerzas del Ejército regresaban ahora, rota el alma, con la convicción desgarradora de haber sido vencidos, no por las armas, sino por las circunstancias.

El Cuartel de la Guardia civil constituyó el último reducto rendido a los rojos. Dentro de él se hallaban los restos de las compañías de Fuster y de Navarro Chacón, las fuerzas de la Benemérita y Carabineros adictas al Movimiento y los paisanos sumados a éste durante la contienda, a más de los noventa prisioneros hechos a los rojos. Hasta las seis de la tarde no apareció en su fachada la triste, pero en aquel caso honrosa, bandera blanca de la capitulación militar. El fuego había cesado ya mucho antes en todos los sectores de la ciudad. Las ambulancias de la Cruz Roja recogían la postrer tanda de muertos y heridos tendidos en la calle. Y en el Gobierno civil se reunían los jefes del bando vencedor para tomar sus primeras disposiciones represivas.

Rendido el Cuartel de la Benemérita, procedieron las autoridades rojas a la detención y concentración de los militares con objeto de trasladarlos al barco de guerra. Fué necesario tomar todo género de precauciones e incluso ape-

lar a la fuerza, para librar a aquel grupo de hombres indefensos de las agresiones de las turbas, que querían lincharlos. El *Lepanto* reclamaba ya su botín humano para presentarse triunfal en Cartagena. Y al *Lepanto* fueron, anticipo inexorable de su tumba, cincuenta y un jefes y oficiales, entre ellos el Comandante militar señor Huertas Topete.

Las luces del fatal día 21 se iban desvaneciendo. Luego, el buque enfiló la boca del puerto y se fué perdiendo en la oscuridad.

Detrás quedaba Almería, destrozada y muda. Las almas, llenas de dolor, de incertidumbre, no se daban aún cuenta de la realidad que acababan de vivir. Todo parecía una pesadilla espantosa. Y, sin embargo, no era más que el modesto prólogo de un largo calvario que iba a durar mucho tiempo. A los dos días de llegar el *Lepanto* a Cartagena morían asesinados los cincuenta y un jefes y oficiales que llevaba a bordo.

EL primer organismo que inmediatamente después del triunfo marxista comenzó a funcionar con carácter de autoridad fué el Comité Central Revolucionario, que fué a instalarse en el edificio del Casino Cultural, sito en la avenida principal de la población. El poder ejecutivo de este Comité era omnímodo. Ningún salvoconducto, ni documento de ninguna clase, aunque fuese expedido por el Gobernador civil, Alcalde o Jefe comisario de Policía, tenía valor si no presentaba el refrendo de dicho organismo, representado por los sellos de los Comités directivos de los partidos Socialista, Comunista y de la C. N. T. En cuanto a los partidos republicanos, no significaban ya nada en la vida política almeriense, siendo incluso perseguidos sañudamente muchos de sus individuos significados que no quisieron servir de comparsas a los anarcobolcheviques de la situación. La autoridad del Gobernador llegó a ser muy pronto completamente nula.

El Comité Central absorbía todas las funciones políticas, sociales y económicas de la provincia. Para el logro de tan diversas actividades se constituyeron otros Comités subalternos, que dependían esencialmente del Central, pero que gozaban de gran autonomía en la esfera de los servicios que tenían encomendados: Comités de Banca, de Industria, de Sanidad, de Presos, de Navegación, etc.

De lo que sucedió en Almería desde el momento en que la horda se consideró definitivamente triunfante, hay recuerdos espantosos. La provincia sufrió las terribles embestidas de las turbas desmandadas, y bandas de criminales se dedicaron a cometer robos, asesinatos y toda clase de actos de pillaje. Las incautaciones de tierras y fincas, los despojos de toda clase de propiedad privada y, naturalmente, las persecuciones se pusieron a la orden del día. Por lo demás, el efímero de los sucesos acaecidos en esta parcela hispánica durante el dominio rojo es aproximadamente el mismo que ofrecieron otros territorios españoles. Albox, Purchena, Huércal, Vélez Rubio, Cuevas de Vera, etc., fueron testigos de parecidas atrocidades. Como episodios culminantes deben exponerse algunos que adquirieron triste celebridad y han dado la vuelta al mundo por su peculiar «sello» de fanatismo y barbarie.

En la propia capital aconteció el de los asesinatos de los obispos de las diócesis de Guadix y Almería. El primero, ilustrísimo señor don Manuel Medina, fué víctima de la marinería sublevada del acorazado *Jaime I*, llegado a Almería el 25 de agosto. Ese día habían celebrado una fiesta a bordo, en la que corrió pródigo el vino. Una vez desembarcados, aquella partida de nautas borrachos se dedicó a recorrer la ciudad, cometiendo en calles y casas toda clase de brutalidades. En los días sucesivos, las tropelías y delitos realizados por los marinos del *Jaime I* les hicieron famosos. Una tarde, con motivo de tener que empezar a repostarse de carbón, solicitaron del Comité Central Revolucionario la entrega de cierto número de detenidos para que efectuasen las operaciones de carboneo en los depósitos del buque. El Comité Central, después de algunos forcejeos dialécticos, acabó por acceder a lo solicitado por el comité del *Jaime I* y facilitarle una lista de presos políticos para que escogiese el personal que había de dedi-



LOS JEFES
Y
OFICIALES
DETENIDOS
Y
CONDUCIDOS
AL
LEPANTO

EL
OMNÍPOTENTE
COMITÉ
CENTRAL
REVOLUCIONARIO

LA BORDA
DESMANDADA
DUEÑA
DE TODA
LA
PROVINCIA

ASESINATO
DE LOS
OBISPOS
DE
GUADIX
Y
ALMERÍA

car a las faenas de transportar el carbón desde los muelles hasta las entrañas del navío. El comité eligió cincuenta presos, entre ellos el obispo de Guadix, señor Medina Olmos, al presidente de la Audiencia, al fiscal, varios magistrados, dos sacerdotes, un teniente coronel de la Guardia civil retirado y el director del diario *La Voz*, don José Guirao. Obligáronles a todos a acarrear cestos de carbón y a meterlos en las carboneras. Después de varias horas de semejante faena dejaron descansar a sus víctimas, con la excepción del señor Obispo, a quien se pusieron a golpear con las palas, entre befas e insultos. Por fin consumaron su crimen a tiros y cuchilladas, rematando al pobre anciano en la casamata número 2.

El suplicio del prelado de Almería don Diego Ventaja Milán, que se hallaba preso en el *Astoi Mendi*, fué algo parecido. El Obispo, con otros detenidos de calidad, eran los encargados de realizar a bordo las diarias faenas de fregado y barrido. Una mañana se le ocurrió a uno de aquellos salvajes proceder al sacrificio del de Almería, ya que días antes se habían «cargado» al otro, al de Guadix. En efecto, lo sacaron del barco y lo pasearon en procesión solemne por algunas calles, con objeto de que las gentes reconociesen bien a «su obispo»; luego le dieron un tiro en la nuca y prendieron fuego al cadáver, dejándolo abandonado en las afueras de la ciudad.

En Serón, centro de una importante zona minera, la Guardia civil, por su cuenta y riesgo, había declarado el estado de guerra el día 18, sin que por ello la vida dejase de transcurrir normalmente durante dos días. Pero la llegada al pueblo de un contingente de mineros comunistas hizo cambiar el decorado en pocas horas. Los guardias, sitiados en su Casa-cuartel y atacados con dinamita por los mineros, tuvieron que rendirse. Los rojos los fueron asesinando uno a uno según iban saliendo por la puerta del Cuartel. Inmediatamente empezó en Serón la racha de crímenes; la primera víctima del terror rojo fué el jefe local de Falange. El Tribunal Popular Revolucionario, instalado en la iglesia del pueblo, se dedicaba preferentemente a la expropiación y reparto de fincas agrícolas, previo el asesinato de sus propietarios. Era presidente de dicho Tribunal el antiguo secretario del Ayuntamiento, y secretario el médico José María Álvarez de Sotomayor. Como «asesores» de tan dramático y extravagante organismo figuraban dos mineros, broncos y curtidos desde siempre en el pistolero comunista: «El Polillejo» y «el Carpio». Fatigados, al cabo de varias semanas de fechorías, de la vida sedentaria que llevaban, los activos miembros del Tribunal de Serón decidieron hacer una «tournée»—según frase de ellos mismos—por toda la zona minera...

Otro de los lugares en que se cometieron toda clase de enormidades fué Turón, pueblecillo de la Alpujarra, entre Almería y Granada, donde se hallaba el campo de concentración general de sospechosos de «fascismo», pues a los que eran algo más que sospechosos se les mataba sobre la marcha en cualquier parte y de cualquier modo, y casi todos habían caído ya en las primeras semanas del dominio rojo. El régimen en este campo de concentración inspiraba calofríos de terror a quienes lo conocían por experiencia propia o por referencia ajena. La más pequeña falta era castigada en Turón con refinados tormentos. Obligaban a los presos a hacer trabajos agotadores y a la menor queja los pasaban por las armas, no sin antes forzarlos a cavar sus propias fosas. Se hicieron mutilaciones repulsivas, en las que se distinguía como especialista una mujer, ante cuya presencia temblaban empavorecidos los desdichados presos.

Mas, sin duda, el episodio de mayor fuerza trágica de todos los que ocurrieron en la provincia de Almería es el que se

conoce con las fatídicas palabras de «El pozo de Fábregas», que tomaba su nombre del propietario de la finca del pueblo de Tabernas, donde el pozo se hallaba situado, don Cristóbal Fábregas. ¡Qué osario tan a propósito para herir con estremecimientos de pavor la imaginación de los enemigos vencidos! Y la primera víctima que se sacrificó en «El pozo de Fábregas» fué precisamente el hijo de éste, el joven e inofensivo Ricardo. Pronto menudearon los asesinatos. Allí se ejecutaba a presos llevados de Almería, del *Astoi Mendi* o del Cuartel de Milicias de las Adoratrices. Los presos eran enviados allí por orden del C. C. R. (Comité Central Revolucionario) o por iniciativa particular de cualquier gerifalte del marxismo. Los individuos de Tabernas que asistían a las ejecuciones habían de salir del pueblo por la noche, en el autobús de línea conocido por «el coche de Lubrín», y regresaban por la mañana. Salían con sus escopetas y pistolas para tomar parte en los festejos de la bestial carnicería. Por la noche llegaban al lugar del pozo los autobuses o camiones de la capital cargados con presos de las cárceles flotantes o de cualquiera de las innumerables prisiones de la población. Los presos salían ya de Almería esposados—muchas veces con slambres—en términos que les imposibilitaban el menor movimiento. En las noches oscuras la fantasmagoría escénica corría a cargo de los faros de los autos. Se enfocaban éstos en semicírculo frente a la zona del sacrificio. El extraño espectáculo del pozo duraba largo rato. Luego siempre había espectadores rezagados que gustaban de quedarse allí hasta el amanecer con el oído atento a los gritos o a los quejidos sordos como estertores que subían al negro brocal desde el fondo de la cisterna. Ya entrada la mañana, los macabros espectadores marchaban a desayunar pacíficamente a un fresco ventorrillo cercano.

«El pozo de Fábregas» fué la tumba de infinidad de personas de orden. A él fué arrojado don Andrés Canuello Barreto, diputado cedista; seis magistrados de la Audiencia de Almería, y todos los afiliados o simpatizantes de algún relieve de cualquier partido político que no fuese marxista o sindicalista revolucionario de los pueblos vecinos de Garrucha, Cuevas, Serón, Purchena, Overa, Huércal, etc. El procedimiento generalmente seguido para las matanzas era el de fusilar al borde mismo del pozo a los condenados y después arrojar los cuerpos, no siempre cadáveres, a lo hondo de la sima. El hedor que despedía «El pozo de Fábregas» llegó a ser tal que, a pesar de estar a diez kilómetros de la carretera general, al transitar por ésta llegaba a los pasajeros el olor nauseabundo. Para evitar el peligro de una grave infección, el Inspector provincial de Sanidad dispuso que se arrojaran al pozo, hasta cecharlo, unas cuantas toneladas de cal viva.

ALMERÍA no podía constituir una excepción en cuanto al signo dominante de la revolución: el odio frenético a la Religión, el afán destructor de sus templos y el aniquilamiento de sus ministros.

El primer templo de Almería, su Catedral, fué totalmente saqueada. En su aspecto exterior no presentaba ningún deterioro grave; los pórticos y los muros y torreones almenados que tan característico estilo imprimen a este templo se han salvado de la destrucción, lo mismo que la puerta Norte, magnífico ejemplar del Renacimiento granadino, cuya traza se debe a la ilustre mano de Frau de Orea. Pero si por fuera no ha sufrido daño la Catedral, por dentro se han destrozado la mayor parte de sus tesoros artísticos. Las cornisas, molduras y pedestales del suntuoso tabernáculo de la capilla mayor, construido con mármoles de Sierra Elvira en 1771, fueron

PUERTE
DE LOS
ARDIAS
VIVILES
DE
SERÓN

LAS
CIDADES
METIDAS
EN
TURÓN

EL POZO
DE
FÁBREGAS

PERSE
RELIG

DAÑOS
EN LA
CATEDRAL

materialmente pulverizados. Han desaparecido también las bellísimas estatuillas de apóstoles y santos que lo decoraban y varios tableros de mármol con hermosos bajorrelieves. Al púlpito del lado del Evangelio le arrancaron el magnífico dosel barroco que le servía de tornavoz y una cartela decorativa de jaspe con elegante marco de madera dorada que enfondaba el conjunto. En las escaleras del púlpito, adornadas con balaustres de piedra, existían dieciséis medallones pequeños de alabastro, muy finos de dibujo. Han sido machacados, probablemente con un martillo. Otra desaparición absoluta es la de tres notables altares de la capilla del Sagrario. Y la del retablo y la imagen de la Virgen del Carmen, obras de extraordinaria belleza, atribuidas a Salzillo, y la de siete de los catorce medallones de alabastro que ornaban el frente del altar central contruísos con riquísimos mármoles y ejecutados con maravilloso primor.

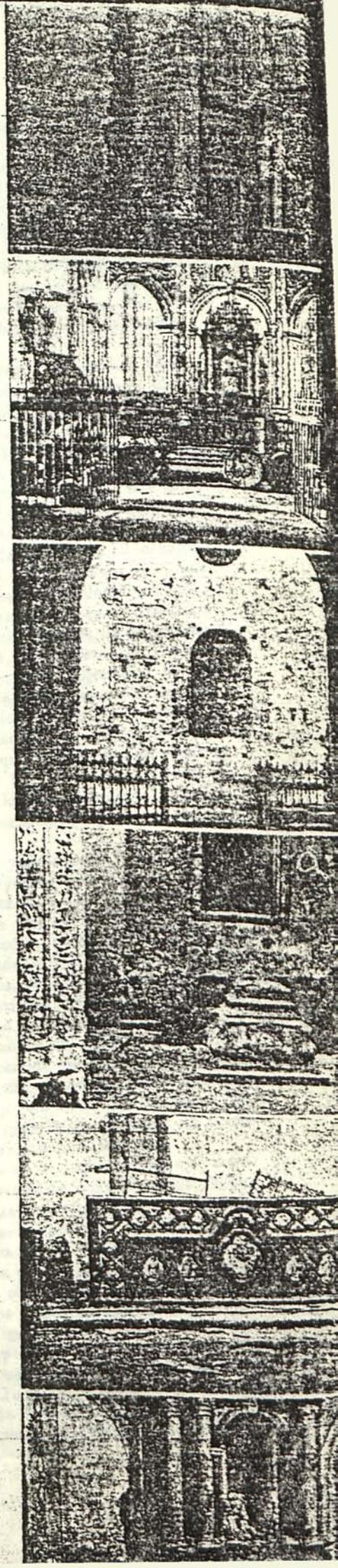
En la capilla de la Virgen de la Esperanza fué incendiado un retablo barroco en el que figuraba un lienzo de excelente factura de la escuela del Greco. En esta capilla pudo salvarse la soberbia cripta sepulcral de los Obispos de Almería, cuya buena fortuna no han podido compartir el altar, otro retablo barroco y dos imágenes, una de San Indalecio y otra de San Agustín, que albergaba la capilla de San Ildefonso. La primera era estatua de gran valor artístico, muy venerada por los devotos por ser San Indalecio, el santo Patrono de Almería. Al mismo tiempo que la imagen, ha perecido el retablo renacentista y el camarín del Santo, labrado en 1784, que legó al templo el obispo don Claudio Sanz y Torres. Una talla en madera dorada, varias pinturas y la cruz con el cuerpo de San Valentín fueron pasto de las llamas, así como la capilla absidal del Santo Cristo de la Escucha, llamada vulgarmente del Obispo de Piedra; la figura del Cristo, que era una talla de excepcional valor arqueológico, y el altar barroco de dicha imagen.

Idéntica suerte corrió el altar del Salvador, precioso ejemplar del Renacimiento, uno de los más hermosos de la Catedral. Tanto este retablo como la imagen en altorrelieve del Salvador procedían de la Catedral antigua. El relieve constituía el fondo de composición, en el que figuraban cinco riquísimas tablas flamencas del siglo xv. Afortunadamente ha quedado salvo del furor iconoclasta del vandalismo marxista el severo sepulcro en mármol del fundador de la Catedral, fray Diego Fernández Villalón, primer obispo efectivo de Almería, que mandó construir el templo, sufragándolo a su costa «desde los mismos cimientos», según reza el epitafio de su tumba.

Pero los estragos mayores y más irremediables que hay que lamentar son los sufridos por la capilla de Nuestra Señora de la Piedad. La imagen de la Piedad era un prodigio de policromía estofada, figura erguida sobre pedestal en un hermosísimo retablo barroco labrado en 1788 a expensas de los prebendados del Cabildo. Según la tradición, la imagen de la Virgen de la Piedad traía el traje de Berbería un cautivo, que tuvo que arrebatársela en cruento combate a un corsario turco, quien la llevaba ensartada en su lanza. El cautivo hizo donación devota de ella al prelado don Antonio de Corrienero. En la misma capilla podían admirarse cuatro lienzos de Alonso Cano, legados a la Catedral en 1670 por el canónigo de Granada don Fernando Charrán, racionero que fué de la de Almería. De estos cuatro cuadros, representativos de la Purificación, la Asunción, Santa Teresa y San Antonio de Padua, han sido recuperados, aunque con muchos deterioros, los tres primeros, desapareciendo el último. El retablo en donde se hallaban colocadas estas cuatro pinturas lucía en su coronación un Ecce Homo, también original de Alonso Cano. Tampoco existe.

En el coro bajo, que data del 1560, se registran las siguientes pérdidas: un trozo de sillería, un facistol, una mesa Renacimiento y un magnífico órgano. Del otro órgano, perteneciente al coro alto y también destruído, se ha librado la soberbia caja de talla dorada, que es uno de los más preciados valores artísticos de la Catedral almeriense. Los marxistas, apenas se hicieron dueños y señores de la ciudad, convirtieron la Catedral en un enorme almacén de comestibles. Por todas partes se veían sacos, cajones, cestos y verdaderas montañas de productos agrícolas. Debajo de una de estas ingentes montañas yacía casualmente oculto el elegante y sólido trascoro que en 1770 proyectara el famoso Ventura Rodríguez. A esta circunstancia, puramente fortuita, debe su existencia la espléndida obra ejecutada con ricos mármoles de diversos colores y tonalidades. Por semejante oportuñísimo «camuflaje» se conservan también en la actualidad la imagen marmórea de la Inmaculada, que desde el altar central expande la gracia de su dulzura infinita y de su melancolía. Otras faltas de importancia en el tesoro de la Catedral las constituyen las de la cruz procesional de plata, dos grandes lámparas, una bandeja episcopal, un aguamanil y un juego de candelabros de plata y oro de macizo estilo barroco. El archivo de la Catedral fué incendiado en gran parte. De un códice miniado del siglo xvi, libro único, de enorme valor artístico y material, falta sólo una de las pastas, arrancada. Este códice se encontró por los agentes del Servicio de Recuperación entre un montón de escombros.

EL
TEMPLO,
INVERTIDO
EN
ALMACÉN



En otras iglesias, ermitas y conventos se produjeron grandes destrozos. De la antigua iglesia convento de San Francisco apenas resta en pie otra cosa que la hermosa fachada Renacimiento. Era un edificio que databa de la época de los Reyes Católicos y que quedó gravemente averiado a causa del terremoto que en 1790 asoló esta región, por lo que fué preciso demolerla, reedificándose bajo la dirección del arquitecto Juan Antonio Munar. En el incendio de este templo han perecido: un hermoso fresco del altar mayor, que representaba la defensa de España, y otro alusivo al Misterio de la Concepción y a la Orden franciscana. Y también una Purísima, preciosa de talla, de la escuela de Alonso Cano; una Virgen de las Angustias, imagen de las mejores que existían en Almería, y todos los libros parroquiales y documentos de los archivos. Por fortuna han quedado a salvo un interesantísimo arcón mudéjar, obra inestimable para la arqueología nacional, y una figura orante en alabastro.

Pérdida lamentabilísima ha sido la de la parroquia de Santiago, monumento histórico de gran valor. Para la construcción de este templo se emplearon materiales de la antigua mezquita que el terremoto de 1522 había destruido. Se empezó a edificar en 1533 y se terminaron las obras en 1559. Con el saqueo e incendio de la parroquia de Santiago han desaparecido: un soberbio artesonado mudéjar, una puerta tallada, procedente del provisorato del antiguo Palacio Episcopal; una imagen de la Dolorosa, atribuida a Mora, monumento procesional de la Semana Santa almeriense; una talla muy bella de la Virgen del Perpetuo Socorro, que después de muchas vicisitudes a través de los siglos había venido a parar a Almería; los retablos espléndidos de la Aurora y de la Merced y numerosas joyas del tesoro de la parroquia. El incendio, más comprensivo que los hombres, respetó el gran pórtico de recepción, en el que figuran la imagen de Santiago y las armas del prelado Fernández de Villalón, así como la original torre de la iglesia que sobre cuatro arcos construyera Juan de Orea. De la iglesia parroquial de San Sebastián se ha salvado muy poco. Se trata de un edificio de traza plateresca, construido en 1637, reconstruido en 1774, según planos de Ventura Rodríguez. En su interior guardaba: un Cristo gótico, de puro estilo y ejecución; un San Francisco, talla de fines del siglo XVII, de la escuela de Mora; una Virgen del Carmen; una pequeña estatua de mármol representando a la Virgen del Triunfo, de Alonso Cano o de uno de sus discípulos, y los archivos y los libros parroquiales; el fuego lo devoró todo menos parte de la obra arquitectónica de la fachada, que ostenta un altorrelieve de San Sebastián, debido probablemente a Alonso Cano, y las dos torres, luciendo la del crucero su hermosa linterna. En general, el exterior de la iglesia conserva su noble y bello conjunto, exhibiendo sus contrafuertes coronados por elegantes jamones, airosos elementos decorativos que se repiten alrededor del ábside.

El convento de las Puras, edificio histórico de emoción y de leyenda, fué primitivamente casa de un moro principal de Almería, que los Reyes Católicos, en los repartimientos de esta ciudad, adjudicaron al comendador mayor de León don Gutiérrez de Cárdenas. La portada Renacimiento de la iglesia, que es uno de los mejores monumentos arqueológicos que posee Almería, presenta únicamente pequeños desperfectos; pero las llamas consumieron una imagen de la Inmaculada, que dentro de una hornacina favorecía el admirable conjunto. Algunos desperfectos, no irremediables, sufrieron, en los varios saqueos y profanaciones, una talla de la Purísima, obra digna de las gubias de Alonso Cano; un San José con el Niño, casi todos los demás lienzos, retablos y altares del templo y la torre mudéjar que existe en uno de los ángulos del edificio. Pese al incendio cayeron el claustro mayor del convento de las Clarisas, fino ejemplar renacentista, y la capilla del templo, del mismo estilo, y con ellos, destruidos por completo: un Cristo de tamaño natural, el mejor crucifijo, sin duda, que existía en Almería, atribuido, con muchos visos de verosimilitud, al gran Pablo de Rojas; un Nazareno, del siglo XVIII, y una Virgen del Carmen, de bastante mérito artístico.

Pero donde las ruinas presentan más desolador aspecto y más se advierte el estrago producido es en la hermosísima iglesia del Real Convento de Santo Domingo, fábrica de 1494, reducida a un conjunto de piedras derribadas y a una torre de escombros. En él se han perdido, entre otras muchas cosas de menos importancia, un suntuoso retablo barroco y el maravilloso altar mayor, construido con soberbios mármoles de Macael. En este templo se veneraba la Virgen del Mar, Patrona de Almería, imagen que providencialmente se ha salvado gracias a una habilísima sustitución que manos piadosas pudieron realizar en momentos llenos de peligro, en los que la persona que tan valerosamente llevaba a efecto la ocultación de la sagrada figura sufría uno de los más duros golpes en sus afectos íntimos. En la parte que corresponde especialmente al convento quedaron libres de destrozos irremediables diversos pasajes, entre ellos uno de los típicos ángulos del espléndido claustro. La iglesia de San Juan, interesantísima por su valor histórico, emplazada sobre el terreno donde estuvo la famosa mezquita mayor de Almería, fué asaltada, saqueada y reducida a cenizas por la tea incendiaria... Mas algo

TODAS
LAS
IGLESIAS
DE
ALMERÍA
SUFREN
LOS
DESMANES
DE LAS
TURBAS

La Catedral de Almería, profanada por las turbas, sufrió importantes destrozos, quedando convertida durante el dominio rojo en almacén de víveres.

quedó en pie, por extraño capricho de la suerte: el «mirach» o capillita mora, preciado ejemplar de la arquitectura religiosa musulmana. Hacía años que este excepcional monumento fué restaurado por el arquitecto don Leopoldo López Ballas, que hizo de él un detallado estudio.

Entre los edificios religiosos absolutamente destrozados o incendiados por los rojos hay que registrar los siguientes: Parroquias de San Antonio, San José y San Roque, iglesia del Corazón de Jesús, capillas de San Antonio, de la Virgen de Montserrat y de San Marcos, ermitas de San Antón, Siervas de María y Cruz de Caravaca. En cuanto a la iglesia de la Sagrada Familia, fué desvalijada, instalándose en ella una dependencia de la F. A. I., así como el convento de Franciscanos de San Roque, que quedó convertido desde los primeros momentos en Ateneo Libertario. En el centro de la iglesia, los camaradas libertarios construyeron una piscina, alrededor de la cual jugaban y refan hombres y mujeres desnudos.

Como la mayor parte de la riqueza artística de Almería

se hallaba en los templos, éstos atrajeron la ira y la codicia de las turbas desmandadas. En los palacios y residencias señoriales, los despojos fueron menores, aunque también se registraron, naturalmente, esos vulgares actos de allanamiento de morada y robo, que constituyeron durante mucho tiempo la tarea cotidiana de la F. A. I. y de las milicias bolcheviques en Almería y en toda la España roja.

Hasta pasados los primeros quince días del Alzamiento no fué posible descongestionar la capital de los grandes contingentes de campesinos y mineros que la habían invadido. A fines de agosto ya se empezaron a organizar los frentes militares en diversos sectores de Sierra Nevada, y con ello se despejó bastante la vida en la capital. Pero la vida en la provincia de Almería durante el prolongado período de dominación roja quedó sometida al imperio desenfrenado de los más ruines instintos, martirizada bajo la planta miserable de sus verdugos, hasta el día glorioso de su liberación por el Ejército nacional.

